

## UNA VISIÓN DEL SUBDESARROLLO HACE 30 AÑOS

José Luis Sampedro

Se han cumplido 30 años de la aparición en España del primer manual sobre economía mundial con un enfoque estructural. El libro de José Luis Sampedro y Rafael Martínez Cortiña "*Estructura Económica, Teoría básica y estructura mundial*". (Ed. Ariel, Barcelona, 1969 y varias ediciones posteriores) constituye hoy un clásico de la literatura económica española y fue en el decenio de los setenta y parte de los ochenta obra de consulta y de estudio en la formación de miles de estudiantes de economía de la mayoría de las Universidades españolas. Por su frescura intelectual y actualidad se reproducen los epígrafes "la transición hacia el desarrollo" y "el subdesarrollo como dependencia y marginación, del capítulo Estructura y Desarrollo de dicho libro, debido a la pluma del maestro José Luis Sampedro, al que la REM quiere rendir sincero homenaje.

### LA TRANSICIÓN HACIA EL DESARROLLO

La interpretación materialista de la historia explica fácilmente el problema de la evolución estructural y el cambio correspondiente como simple consecuencia de la aparición de nuevas fuerzas productivas, que, según se ha dicho ya, determinarían nuevas relaciones de producción. La lucha de clases aparece así como la manifestación de esas transformaciones y como el motor decisivo de la evolución social. Ahora bien, no parece probado que ese modelo explicativo tenga validez universal –para todas las épocas y culturas– y en todo caso quedaría por explicar esa aparición de nuevas fuerzas productivas, bien sean fuentes de energía distinta o innovaciones técnicas cualesquiera, de suficiente importancia. En problemas tan complejos, la simplificación excesiva suele conducir a explicaciones deficientes y por eso la comprensión del cambio estructural y la ruptura de la inercia tradicional deben buscarse no en un factor

único –el factor material económico o técnico, aun cuando su importancia sea indudable–, sino en una constelación de factores que se refuerzan y se provocan unos a otros, a lo largo de un proceso acumulativo y acelerado, en el que a veces unos preceden a los demás. En ese conjunto de factores pueden distinguirse algunos de carácter endógeno y que, por tanto, tienen lugar aun sin influencia de otras sociedades externas a aquella que se estudia, mientras que otros reflejan esa influencia y, por tanto, son exógenos o de origen externo.

Entre los primeros pueden citarse los siguientes:

- a) Aparición de *personalidades innovadoras* surgidas por una combinación de factores individuales y que a veces se agotan en la esfera individual, mientras que otras consiguen engendrar importantes movimientos y hasta actuaciones sociales del mayor alcance, como es el caso de los grandes reformadores. Esto último depende, desde luego, de la coincidencia de la personalidad en cuestión con su oportunidad histórica, y así volvemos a encontrar una interpretación de los sujetos como combinación de su personalidad propia con su envolvente social. En todo caso, no cabe duda de que cuando esa coyuntura se produce, el ambiente no hace más que servir de caldo de cultivo a la eclosión y a la eficacia reformadora de esa personalidad, con todas sus consecuencias. Sucede algo semejante a lo que ocurre en las formas populares del arte: una copla no la inventan mil personas, sino un hombre a solas, aunque sea inspirándose en penas colectivas. Y aunque luego el pueblo prefiera esa canción, la seleccione, la conserve y hasta aporte variantes; aunque pueda discutirse en qué grado obedece un sentir a una circunstancia, el sentimiento individual es un factor innegable y ésta es la opinión que aquí se mantiene: no su exclusividad ni su predominio sobre los demás factores. La esclavitud sola no ha producido canciones; son los esclavos los que han creado *spirituals*; aun cuando éstos han sido engendrados por la situación de esclavitud. La influencia histórica de las personalidades innovadoras, por muy hijas de su tiempo que sean, resulta muy difícil de negar.
- b) Desprestigio de las minorías por sus *conflictos internos*. Se comprende, sin larga explicación, que las luchas por el poder entre las propias minorías dominantes contribuyan a socavar el prestigio de las autoridades tradicionales, en parte porque quienes las encarnan aparecen a una luz más desfavorable –con sus pasiones y violencias– y actuando en forma sometida abiertamente a discusión, y en parte también porque cada campo aduce argumentos justificativos que erosionan la legitimidad de esas autoridades.
- c) *Aspectos coyunturales* con influencia sobre la estructura. En efecto, la separación entre unos y otros fenómenos no es absoluta, y por eso ciertas situaciones en principio transitorias (como una prolongada sequía, por ejemplo) puede afectar a la actitud colectiva tradicional. Ta-

les circunstancias pueden alcanzar intensidades no habituales, provocando situaciones, en cierto modo nuevas, que obligan a la innovación o que, mejor dicho, revelan a las gentes la posibilidad y hasta las ventajas de la innovación. Si tales situaciones provocan tensiones angustiosas –el hambre, por ejemplo–, pueden llevar a actos de desesperación completamente ajenos al comportamiento resignado tradicional y, aun cuando esos actos sólo se hayan iniciado como pura explosión, sin ánimo de organizarlos en permanencia, pueden llevar más lejos de lo pensado o ser aprovechados por alguna personalidad innovadora que los encauce. Con frecuencia podrá suceder que esa personalidad consiga sólo aprovechar la situación en su propio beneficio, para escalar él o su grupo los niveles más altos, reimponiendo después la autoridad si evoluciona también la coyuntura. Pero ya es otra autoridad distinta y la aceptación colectiva queda siempre afectada.

- d) *Urbanización*: Las aglomeraciones urbanas afectan siempre al dualismo básico antes aludido y crean nuevos problemas, así como una mayor conciencia de solidaridad y fuerza social que la adquirible por los grupos dispersos en aldeas y caseríos. La ciudad multiplica también las posibilidades de ocultación o de acción para las personalidades innovadoras, y crea necesidades y apetitos con la mayor proximidad de los distintos niveles. En tiempos más modernos –y aun cuando aquí los factores exógenos juegan un papel casi inexistente en las sociedades antiguas– este factor tiene una importancia muy considerable, que los sociólogos han subrayado sobre todo en los países subdesarrollados, donde la gran ciudad y su suburbio proletarizado son seguramente la más considerable máquina de arrancar al hombre su mentalidad tradicional. La trascendencia enorme de la aceleración histórica de nuestro tiempo para los países emergentes no queda disminuida por el hecho de que, desgraciadamente, desarraigar no supone una integración *ipso facto* del individuo en otro sistema cultural distinto del de origen. Con frecuencia se queda el hombre en patético desarraigado.
- e) *Los movimientos demográficos*, no sólo en el sentido de la expansión numérica, que crea nuevos problemas, sino también en el de los movimientos migratorios, como los del campo a la ciudad antes aludidos, o los realizados a otros países. No es preciso insistir en la importancia del trasplante humano a nuevos ambientes, de lo que la urbanización es ya un ejemplo.
- f) Pero, sin duda, el factor más importante en nuestro mundo es el de la *evolución de la técnica* que, imprescindiblemente, va acompañado de modificaciones en las relaciones económicas. Este factor es trascendental no sólo por sus efectos directos, sino también porque indirectamente es la base de algunos factores ya citados como son, por ejemplo, la urbanización y la explosión demográfica. En los capítulos correspondientes a la estructura de la población y a la de la actividad

industrial tendremos ocasión de subrayar nuevamente los efectos directos e indirectos de la técnica.

- g) Entre estos últimos se encuentran, además, *las influencias exógenas*, fundamentales en nuestro tiempo y de mucho menos peso en la antigüedad. Uno de los mayores impulsores de la innovación es, sin duda, el ejemplo vivo de otras sociedades y otras culturas. En todo tiempo hubo ejemplos de esa influencia, pues incluso en la antigüedad las invasiones daban lugar a la contrastación masiva de comportamientos que, aunque fuesen ambos de tipo tradicional, provocaban innovaciones por el solo hecho de ser diferentes, aparte de significar imposiciones culturales por el vencedor que, al mismo tiempo, experimentaba asimilaciones más o menos intensas. Ahora bien, en el mundo antiguo cada ámbito social vivía en un aislamiento incomparablemente mayor; y no es erróneo atribuir a la técnica de los transportes y comunicaciones esta situación presente en que el planeta es un inmenso y único escenario donde todos los personajes se contemplan y se imitan. La difusión de las innovaciones producidas en un lugar determinado es incomparablemente más rápida que en el pasado. Resulta innecesario, por otra parte, subrayar su trascendencia. Las costumbres y las ideas se difunden hoy día por todas partes, y las autoridades que quisieran aislar sus países contra las "perniciosas costumbres extranjeras" se esfuerzan hoy vanamente por crear fronteras ideológicas. Hasta el punto de que, sin duda, esa ecumenicidad, por primera vez real y masiva ahora, es una de las características nuevas y fundamentales de nuestra etapa histórica. Sin ella no podría comprenderse el dinamismo evolutivo en la mayor parte de la superficie del planeta, inmovilizada hasta no hace mucho en economías de tipo tradicional.

La conjunción, en proporciones diversas según el lugar y el momento, de todos esos factores y de otros aludidos en este muy simplificado esquema explica, en definitiva, por qué es un error científico pretender el desarrollo puramente técnico, pero sin transformación de la organización económica y social. El progreso técnico generaliza una actitud racional e innovadora —a la que, por otra parte, responde— y esa actitud tiene su vertiente sociológica afectando, inevitablemente, a los "valores tradicionales", cuya vigencia se pretende en vano preservar. Esos "valores" —en lo que tienen, naturalmente, de contingentes, como lo son las relaciones económicas, y no de verdades auténticamente permanentes— están condenados a evolucionar.

#### EL SUBDESARROLLO COMO DEPENDENCIA Y MARGINACIÓN

Hasta aquí hemos presentado el desarrollo como transición desde actitudes tradicionales a modernas. Entre otras teorías convencionales, esa visión



del proceso tiene al menos la ventaja de darle un carácter conflictivo y de mostrarnos las sociedades en desarrollo como poco integradas y con instituciones ineficaces para encauzar los conflictos. Otras explicaciones académicas, por el contrario, quieren presentarnos ese proceso como una progresiva marcha a lo largo de un camino único. Por ese medio pretenden reflejar el dinamismo de las sociedades reales sin renunciar a su cara idea básica del "orden natural", tantas veces negado aquí. En efecto, se resignan al fin a que ese orden no consista en una absoluta permanencia, pero lo siguen defendiendo como secuencia de etapas que, por ser graduales, alternan sólo mínimamente la estabilidad social y, por atenerse a una ruta preestablecida, responden a un orden natural dinámico. Así, la evolución de las naciones sería como la de unos montañeros ascendiendo una montaña y situados a distintas alturas del único camino, que une la misma base de partida para todos con idéntica promesa general de un futuro en la cumbre. El proceso es único, y sólo se diferencian los pueblos en el nivel alcanzado y en las modalidades y rapidez del ascenso, cuyo éxito depende sobre todo de la modernidad de actitudes y de la racionalidad al organizar el respectivo esfuerzo. Por lo demás, los pueblos pobres sólo necesitan seguir la senda antes recorrida por los ricos: el respeto a las etapas y a los métodos —el "orden" dinámico— garantiza la estabilidad indispensable para el desarrollo.

Como se sabe, el marxismo ofrece desde sus orígenes una visión muy distinta de la dinámica social, y viene interpretando el subdesarrollo en términos de imperialismo, colonialismo o neocolonialismo. Pero a fines de la segunda guerra mundial predominaban en los mejores centros académicos capitalistas las diversas variantes de la visión "montañera" expuesta, influyendo con ella en la filosofía de los organismos internacionales nacidos entonces, según la cual bastaba superar la reconstrucción de las pérdidas durante la guerra y restaurar el comercio mundial para que el progreso viniera por añadidura, difundido de acuerdo con las ideas del liberalismo económico. El desarrollo es un proceso esencialmente técnico —más y mejor equipo capital— aunque también mencionen los economistas ciertos aspectos confiados a otros especialistas, como la educación, sanidad y, en general, el "desarrollo humano" o "inversión en capital humano". Con tal base teórica surgió en la posguerra una actitud internacional de ayuda al desarrollo, cristalizada claramente en el "cuarto punto" del programa anunciado en enero de 1949 por el presidente Truman, al tomar posesión de la presidencia de los Estados Unidos.

En los años cincuenta pareció justificada la confianza en tal interpretación, dados algunos progresos en América latina, principalmente. Así y todo, algunos autores juzgaron necesario complementar esa visión técnica con algunos aspectos políticos y sociales. En esa concepción se inserta, por ejemplo, el *desarrollismo*, que no comprende el desarrollo sin cambios sociales, pero que supone sobrevendrán automáticamente como resultado del crecimiento económico cuantitativo, tan pronto se alcancen "umbrales" de ingreso por habitante, cuyo nivel ha habido que ir elevando de 500 a 1.000, etc., dólares por

habitante, al fallar el supuesto de la aparición de cambios sociales significativos. Más valor científico y crítico –aunque acaben resistiéndose a llevar a sus plenas consecuencias políticas los resultados de su crítica– tienen las distintas variantes de *reformismo* (llamado también a veces *neoinstitucionalismo*) de Myrdal, Galbraith y otros, que comprenden la necesidad de llevar deliberadamente a cabo ciertos cambios político-sociales, pero que desean hacerlo evitando rupturas fuertes con la estructura establecida; es decir, respetando ésta. Con todo, ni esas ni otras tendencias modifican sensiblemente la visión del desarrollo como ascensión a una montaña, a lo largo de un mismo y gradual camino para todos.

Ahora bien, al avanzar la década de los años cincuenta se fue debilitando el optimismo y eso abrió paso a interpretaciones diferentes, como la iniciada ya desde 1949, bajo la inspiración personal de Raul Prebisch, en el seno de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), a base de criticar el desarrollo liberal clásico, confiado a las ventajas de la división internacional del trabajo y de la difusión del progreso gracias al comercio mundial. La crítica de la CEPAL empieza por distinguir, de una parte, entre los países industrializados del “centro” mundial y, de otra, los subdesarrollados de la “periferia”, suministradores a aquél de alimentos y materias primas, a cambio de manufacturas y servicios. Partiendo de esa distinción la crítica niega dos supuestos básicos de la visión convencional, a saber: que el libre comercio difundirá hacia la periferia la creciente productividad derivada del progreso técnico en el centro, y que la demanda de productos primarios de la periferia crecerá por lo menos al mismo ritmo que el ingreso nacional en el centro. La consecuencia de negar tales supuestos es que irá empeorando la relación real de intercambio (relación entre los precios de las exportaciones y los de las importaciones) en los países de la periferia. En otras palabras: la periferia está subordinada al centro y el juego del libre comercio no beneficiará a la economía de sus países. Al contrario, la periferia irá siendo cada vez más pobre por comparación con el centro.

Esas ideas acabaron inspirando un nuevo gran organismo internacional, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), nacido en las reuniones de Ginebra de marzo a junio de 1972. Frente al principio liberal del comercio –tan patente en otro organismo anterior, el GATT o Acuerdo General de Aranceles y Comercio– la UNCTAD percibe la esencial desigualdad entre centro y periferia, entre ricos y pobres. En efecto, aparte otras discrepancias con la versión convencional del desarrollo, aceptar la tesis del empeoramiento de la relación real de intercambio para la periferia equivale, en el fondo, a negar que la ruta hacia la cumbre sea igual para todos. En los siglos XVIII y XIX los países europeos pudieron apoyar su progreso en los mercados abiertos y en los recursos baratos de sus colonias y de los países atrasados, mientras que para la actual periferia, la existencia de un centro ya más avanzado y con mayor peso en las decisiones mundiales es una auténtica ca-

misa de fuerza que frena el progreso periférico y contra el cual no cabe competir. Al actual centro le favorecía entonces el ámbito exterior; a la actual periferia le perjudica hoy ese contorno. Es decir, los actuales países desarrollados no fueron nunca subdesarrollados –no había otros de los cuales dependiesen– y por eso el camino y las etapas no pueden ser iguales, ni tampoco las interpretaciones teóricas y las políticas válidas en su tiempo para los países del actual centro.

La idea “ordenada” de una gradual ascensión a la montaña queda así destruida por esa crítica, que presenta el subdesarrollo como una situación de dependencia. Por supuesto que los economistas académicos convencionales rechazan tal interpretación y empiezan por negar validez al material estadístico aportado para confirmar la teoría del empeoramiento de la relación real de intercambio. Pero la dependencia se refleja en tantas otras manifestaciones de la realidad que la visión dependiente del desarrollo es hoy muy aceptada, aunque desde los olímpicos académicos se ignore o se considere poco rigurosa una interpretación nada conveniente para su filosofía social básica y para sus propios intereses políticos y económicos. Más aún, la visión dependiente se generaliza a otras conceptualizaciones de la realidad, distintas de la formulada en términos de unidades nacionales, y así se ve también la dependencia de unas regiones respecto de otras dentro de un país; o de unos grupos sociales frente a otros.

La visión dependiente se enriquece y ahonda, además, con una revisión crítica de la historia de los actuales países subdesarrollados cuya situación, según la visión convencional, se debe a que no supieron modernizar los sistemas de producción con la misma intensidad y acertada orientación que los países hoy adelantados. Frente a esa tesis, la revisión histórica aludida afirma que los hoy subdesarrollados ni siquiera pudieron nunca orientarse con una mínima autonomía de decisiones, pues se vieron condicionados en su progreso por las conveniencias de Europa y por las medidas impuestas en sus dependencias coloniales. Por ejemplo, A. Gunder Frank muestra cómo en el Brasil emergieron y decayeron sucesivas áreas a compás del desarrollo europeo: primero el área azucarera del Nordeste, después la minera de Minas Geraes, luego la cauchera de Manaos y, más recientemente, la cafetera del Sur y la actual industrialización dependiente de Sao Paulo. Esos cambios en los focos de progreso no respondían a los intereses autónomos del Brasil, sino a las conveniencias de Europa que, además, impidieron consolidar un desarrollo autosostenido en tales áreas. Comparar la Europa del siglo XVIII con la de países hoy en la periferia es caer en un absoluto error. El subdesarrollo aparece por tanto, tras esa revisión histórica, no sólo como dependencia, sino como marginación manifestada en los planos ya aludidos: marginación de países, de regiones o de minorías sociales.

La diferencia entre esa interpretación y la mera dependencia comercial con que se iniciaron las críticas de la CEPAL se capta bien si la expresamos me-

dianter conceptos del análisis de sistemas. En efecto, la mera dependencia puede existir entre países distintos y en evolución separada, considerados cada uno de ellos como un sistema. El mundo capitalista aparecería así como un conjunto de múltiples sistemas –las unidades nacionales del centro o la periferia– dependientes unos de otros pero en los que la nota de “totalidad” inherente al concepto de sistema induce a suponer, al menos en potencia, posibilidades de evolución con cierta autonomía. Este último supuesto es el que niega tajantemente la visión del subdesarrollo como marginación dentro del conjunto, al sustituir aquella visión dependiente por la de un solo sistema capitalista internacional, en el que la llamada “periferia” es un componente permanentemente reducido –mientras el sistema subsista– a una función dependiente y una situación marginada, con todas las consecuencias de permanente inferioridad que cabe deducir. En suma, la interpretación del subdesarrollo como dependencia contempla un mundo de relaciones externas entre varios sistemas nacionales (implícitamente: soberanos), algunas de las cuales son relaciones de dependencia. En cambio, la visión como marginación contempla ese mundo como un solo sistema capitalista con componentes internos marginados sin autonomía real –pese a su soberanía política formal–, cuya función, es la de contribuir al progreso de los componentes adelantados.

Por esas razones y por otras que allí se exponen, el autor de estas lecciones ha escrito lo siguiente en su reciente libro *Conciencia del subdesarrollo*: “El subdesarrollo no es un problema interno de cada nación, sino un problema mundial... No es una etapa hacia el desarrollo; no es una antesala, sino un cuarto trastero, cuando no el sótano. El subdesarrollo es una situación final, como la orilla a donde arriban los despojos del buque. Es, en fin, una segregación del desarrollo y elijo –entre aproximados sinónimos– el vocablo “segregación” porque tiene una doble aceptación: la de ser una excreción, un exudado, como el hilo de la araña, y la de significar también un rechazo, una marginación”. Concluyendo como sigue: “A la vista de todo eso, mi concepto del subdesarrollo sería éste: la situación de pobreza marginada y permanente, segregada por el desarrollo, en que vive la mayor parte de la Humanidad, sin perspectivas de evolución espontánea favorable mientras persista su subordinación dentro del sistema”.

Esa conclusión podrá parecer dura, pero aparte de justificarse mejor en la obra citada, corresponde en todo caso a la actual visión del subdesarrollo como marginalización dentro del sistema global de ricos y pobres. Por otra parte, no implica un pesimismo inapelable. Lo que ocurre es que la esperanza no puede venir de la ilusoria visión convencional del desarrollo, como proceso esencialmente reducido a elevar la productividad mediante el progreso técnico, inspirado por reformas modernizantes pero respetuosas de la estructura establecida. En otras palabras, la acción sobre las estructuras subdesarrolladas, para hacerlas evolucionar a lo largo de esa dimensión del cambio social indispensable para un auténtico desarrollo, exige seguir otro camino del que

los desarrollados recorrieron en el pasado y, por tanto, supone el rechazo más categórico de la visión teórica convencional. Es ésta una de las conclusiones más importantes a que nos lleva el haber adoptado como guía de nuestro itinerario científico, desde los primeros párrafos de este libro, ese picacho sombrío de la montaña del hambre, dominando todo el paisaje de la realidad económica.